

El camino corto de la Periferia

'Cause the times they are changing' (Bob Dylan)
Ciudad de México Agosto 2016
por Felipe Delmont

Voy a hablarles de cuatro experiencias que jugaron un papel fundamental en la manera que tengo de entender la historia de la ciudad, su futuro, y su relación con el Paisaje Urbano Histórico. Experiencias en lugares periféricos, de donde surge mi noción de La Ciudad de los Caminos Cortos, modelo que propongo para la sostenibilidad, no sólo de la ciudad y su paisaje, sino de nuestra especie.

Vivimos tiempos de cambios indetenibles y embriagados por nuestra capacidad de ordenar la naturaleza que nos rodea, nos estamos desnaturalizando. No es un capricho literario de Jane Jacobs, desde su polémica desfachatez de periodista de nuevo mundo, el título de su primer libro "Muerte y Vida de las Grandes Ciudades"¹, en primera edición hace mas de medio siglo. También es significativo que Françoise Choay, desde su muy prudente erudición de académica de viejo mundo, haya titulado su último libro "La tierra que muere"². Dos pensadoras, de una misma generación aunque de continentes distintos, ambas ya desaparecidas aunque mas vigentes que nunca, que han guiado mi trabajo y reflexión, acerca de la ciudad y su paisaje, a eso que hemos dado en llamar el ordenamiento urbano y territorial. Jacobs y Choay tenían razón de alertarnos: la ciudad y su tierra se mueren y con ellas la urbanidad. Salvarlas pasa por rescatarlas donde aun sobreviven aunque precariamente: en la periferia.

1. MARACAIBO - San Felipe Desmitificar la ciudad planeada.

El Proyecto de la Urbanización San Felipe, en Maracaibo, Venezuela, que

¹ Jacobs, Jane (1961). The Death and Life of Great American Cities. (Edición original publicada por Random House, Inc., Nueva York. Traducción española de Ángel Abad, Muerte y vida de las grandes ciudades. 2. edición 1973 (1. ed. 1967),) Ediciones Península, Madrid

² Françoise Choay / ISBN : 2213662541 / Éditeur : FAYARD (2011)

asumí en 1980 recién graduado de arquitecto, ya me señalaba la ruta del camino corto. Mi especialidad era entonces la prefabricación y concebí un sistema para la ejecución del proyecto junto a una empresa estatal francesa que buscaba nuevos horizontes de cooperación internacional en nuestras tierras. Se trataba de edificios de hasta 4 pisos, armados con cajas preensambladas que montábamos unas sobre otras. El objetivo era construir unos 20.000 apartamentos en 4 años, en una nueva "urbanización", que dibujé sobre casi 350 hectáreas situadas en la periferia sur de la ciudad. Al cabo de un año, las parcelas y sus calles estaban listas. De última tecnología, la planta de prefabricación, colocada en medio de la urbanización, producía, con el trabajo de unos 600 obreros, un edificio de 16 apartamentos cada dos días. (*la gran elipse negra en la pantalla*). Ya teníamos 80 edificios montados (*la pequeña elipse roja*) cuando una noche, sucedió la invasión. En menos de dos días, los mismos que nos tomaba montar un edificio, los invasores armaron centenares de casuchas (*como esta*), e inmediatamente se instalaron a vivir allí, en las parcelas preparadas para recibir los bloques de colores. La tierra recién urbanizada disponía de todos los servicios de infraestructura: vialidad, agua, luz y cloacas. Los "ocupas", todos familia o conocidos, estaban organizados y decididos a defender a capa y espada lo que consideraban era ahora su lugar de vida. (*En primer plano nuestras aceras, en el segundo, la cerca del "esto es mío", y adentro, el rancho de zinc pintado. Observen el color de la pintura... es fácil suponer que muchos de los "invasores" trabajaban en la propia planta de prefabricados*). Propuse rápidamente negociar casucha por apartamento. Como eran tiempos de elección presidencial, era requisito evitar el uso de la fuerza por la Guardia Nacional. Mientras buscábamos una solución, los ocupas se multiplicaban. Por todas partes montaban láminas de zinc o clavaban tablas, simplemente ignorando los apartamentos que les prometíamos. En poco menos de un mes, ocuparon las 350 hectáreas. Finalmente la planta fue clausurada.

En la oportunidad de una visita, hace 10 años, es decir 20 años después, pude evaluar la evolución de los dos asentamientos.

La urbanización formal de "Interés Social", construida por el Estado, estaba en franco deterioro. Las áreas comunes eran tierra de nadie. La gente puesta allí solo soñaba con irse. Mientras tanto se instalaba en la precariedad. No se integraba ni se organizaba en comunidad. Lo común era la pobreza. Los que podían se iban. Otros mas pobres los sustituían. En el lugar reinaba la inseguridad. Aparentemente esta arquitectura de condominios sociales en serie sólo ofrecía mas pobreza.

La urbanización informal, la de la barriada, progresaba en cambio en permanente auto-construcción, prácticamente sin limitaciones de crecimiento hacia dentro o hacia arriba. Por la necesidad de adaptarse siempre a nuevas circunstancias, por dar cabida a mas gente, a mas vida y urbanidad, por resolver sus problemas o simplemente por sobrevivir y prosperar si se puede, que es lo mismo. Según los logros, necesidades y capacidades propias de cada familia, las transformaciones son constantes. Por hacerse de una economía surgen abastos, pulperías, peluquerías, pensiones, consultorios, negocios de víveres,

de comida, de construcción, de comunicación, de culto, de entretenimiento, talleres mecánicos, herrerías, carpinterías... por "generación espontánea". Una economía "tradicional" que desde la periferia, se conecta con la ciudad, pero también con el territorio que la provee. Son su razón de ser. Sus formas urbanas son ricas, productivas y originales, sobretodo porque son mixtas en sus actividades y población. Son células generadoras de urbanidad. Una microeconomía sin la que no hay macroeconomía, según acertadamente sostiene el economista insigne de la economía liberal, Robert Lucas, premio Nobel para mas señas.

Muy recientemente pude constatar que la urbanización informal sigue consolidándose. Y que por su parte, la formal, después de tocar fondo hace 10 años, liberada finalmente de la camisa de fuerza normativa y represiva de las autoridades impotentes, se ha venido recuperando, Todo esto a pesar del crónico deterioro de la economía del país. La urbanidad de la barriada ha ido penetrando la urbanización formal, poco a poco. En las plantas bajas, los habitantes han abierto tiendas, talleres y negocios apropiándose de la tierra de los condominios. Y es así como las fachadas de todos los niveles reflejan por primera vez una franca mejoría.

En Venezuela casi el 90% de la población es urbana. Mas de la mitad vive en la ciudad espontánea, la informal. Lo queramos o no, un fenómeno como este, mas que un problema, propone una solución para el futuro. Eso me lo enseñó San Felipe en Maracaibo.

2.

CARACAS - Barrio Agricultura de Petare Legitimar la ciudad informal.

En esa misma época, quiero decir 10 años atrás y esta vez en Caracas, me dejé tentar por un concurso nacional organizado por el gobierno bolivariano en sus albores. Se trataba de habilitar Petare, la barriada mas grande de la periferia de Caracas y la cuarta mas grande del mundo. El plan era integrarla a la ciudad formal. En Petare viven unas 400.000 personas, y entre ellas 100.000 viven en el sector que escogimos. Una población que desde hace medio siglo construye progresivamente sus casas, su único patrimonio. Gente que generalmente no tiene cuenta en el banco y que invierte todos sus ahorros en los ladrillos de sus ranchos. (*Observen en la foto aérea del barrio lo denso del tejido urbano. Cada techo es un hogar*)

Propusimos un proceso de habilitación física por etapas, en sinergia con la habilitación social y democrática del barrio: subdividido en diminutas comunas, cada una a cargo de su terruño, inscritas, eso sí, en un plan general y coherente. Entendiendo que el vecindario es el caldo donde se cocina la ciudad.

Proyectamos puentes y escaleras habitados, para interconectarlos horizontal y verticalmente. Es de comentar que los barrios informales de Caracas se han desarrollado en las colinas de la periferia de la ciudad, a lo largo de las quebradas, a partir de la vialidad urbana en pie de monte, de abajo hacia

arriba, siguiendo el camino corto y oportuno de la escorrentía del agua de lluvia. Por eso es frecuente que cada hondonada o cima quede aislada sin contacto con sus vecinas. El habitante del barrio sube y baja diariamente a lo largo de escalinatas de tierra o de concreto, el equivalente a 50 pisos en promedio.

Esta es la razón que guía la propuesta de construcción de edificios/puente que permiten conectar, **horizontalmente**, a través de cada uno de sus niveles, las laderas entre fila y fila de las quebradas, y **verticalmente**, el todo, por sus grandes ascensores, que permiten la circulación de personas y mercancías. La calzada superior -o techo del edificio/puente- sirve a su vez para el paso de vehículos. Cada apartamento, ya que todos tienen frente a una calle/galería, es tienda potencial ante la circulación pública en todos los niveles de los edificios. El barrio queda así conectado, no sólo mejorando su accesibilidad, sino promoviendo su transitabilidad, condición *sine qua non* de urbanidad y/o de economía social. Estos "puentes/ciudad" constituyen por lo demás un banco de apartamentos para acometer operaciones/gaveta, que permiten realizar desalojos puntuales, construir espacios públicos o de infraestructura de servicios o consolidar, casa por casa, el tejido barrial. La mimetización de las nuevas construcciones con las existentes, se logra al amparo del módulo estándar y uniforme del rancho. Con esto nuestra propuesta perseguía, no sólo reducir el impacto visual y vivencial de la intervención, sino legitimar ante los ojos del propio habitante, el barrio, su cultura y la fuerza de su arquitectura popular.

El proyecto sin embargo, no trascendió mas allá del papel. Luego de largas e intensas lluvias la montaña se vino abajo. Sucedió la tragedia de una avalancha general de tierra y rocas sobre el litoral caraqueño, que dejó mas de 20.000 muertos. Ante la urgencia, las autoridades nos solicitaron ir a trabajar en la zona devastada, que por cierto, poco afectó los cerros de las barriadas, sino la planicie aluvional de la costa, ocupada por urbanizaciones formales con frente al mar y la playa.

3.

MARACAIBO – Barrio Rafael Urdaneta **La fábrica de urbanidad**

En el 2.000, regresé una vez mas a trabajar en Maracaibo luego de haber ganado el concurso para habilitar un barrio de la periferia rural, Rafael Urdaneta, una isla en la campiña, producto también de una invasión. Esta vez armamos oficina en el propio barrio y ahí también colgué mi hamaca. Trabajamos duro, junto a la gente. No queríamos errar como lo hiciéramos la primera vez en lo que es hoy el barrio San Felipe de Maracaibo. Cada paso del proyecto se hizo en concierto con la comunidad. Recogimos opiniones, las transcribimos en propuestas de trazados, centro comunal, plazas, casas, respetando costumbres y memorias. Los ingenieros iban y venían con planteamientos de infraestructuras y servicios. Cada propuesta o contrapropuesta fue discutida y aprobada en

asambleas generales, abiertas y multitudinarias. Mientras tanto, un pequeño grupo de vecinos, mas motivados que los demás, se reunía todas las tardes por su cuenta en nuestra oficina. Preguntaban mucho y se impacientaban ante la lentitud del proyecto. Les propuse que buscaran su propia solución a los problemas mas urgentes. Así podíamos trabajar mas tranquilos nosotros también, sin interrupciones. Teníamos la compleja tarea de elaborar un proyecto de habilitación radical y completa del barrio: atendiendo vialidad, servicios de infraestructura y superestructura, rehabilitación de edificaciones, y el proyecto de nuevas casas que elaboramos según el modelo local de la casa rural tradicional, de probado buen manejo del clima y el entorno. Finalmente dibujamos una plaza central que acogía un centro comunal. Una plaza tropical con servicios cívicos flotando a 4 metros de altura entre pasarelas, pues en Maracaibo, la temperatura promedio de los registros históricos es de casi 30 grados.

Y así, mientras proyectábamos y planeábamos, este grupo de vecinos comprometidos se abocó a encontrar una solución al problema de la falta de agua. Consultas por aquí y por allá, ideas y propuestas, en 15 días, bajo nuestra inquieta supervisión y con unos pocos recursos substraídos del proyecto oficial, cavaron ellos mismos, repartiéndose la labor por turnos, un pozo. ¡Y encontraron agua a 50mts. de profundidad! En poco tiempo y de la misma manera construyeron un tanque (*el de la foto*), que pronto desbordaría de agua, a 15 metros de altura. No podíamos negarle los recursos. Dispusieron de una precaria aunque eficaz, red de distribución de agua, casa por casa, con un comunitario de gestión y manutención del sistema. El cobro era mensual y estricto. No satisfechos pero sí envalentonados por el logro, se atrevieron a soñar y realizar una red de gas doméstico. La madera y el carbón escaseaban tanto o mas que el agua. Lograron conectar la red a un pozo de petróleo clausurado que, aunque seco, seguía siendo rico en gas. Lo hicieron sin autorización alguna, pero con la anónima asesoría de nuestro equipo de profesionales. Es oportuno comentar aquí que eran pocos los San Rafaeleros que no hubiesen alguna vez trabajado en nuestra gran industria petrolera.

El éxito de sus logros y gestión fue tan rotundo que, no sólo los mantuvo muy ocupados, sino cada vez mas desinteresados en nuestro proyecto habilitador y oficial. Esto no impidió que termináramos el proyecto. Sin embargo, hoy duerme un sueño profundo, en alguna gaveta del INAVI, el Instituto Nacional de la Vivienda. Nunca se realizó. El programa de habilitación de barrios quedó suspendido. El gobierno súbitamente decidió volver a la producción industrial de viviendas y de votos, en la abierta periferia de las ciudades. A pesar de todo pero gracias al emprendimiento de su gente y a la mínima disponibilidad en el terreno de un puñado de profesionales, Rafael Urdaneta dispone todavía hoy de un servicio público de agua y gas que aunque precario, tiene mucho futuro. Resultó inevitable hacerme de nuevas convicciones luego de esta experiencia.

Es definitivamente el habitante común y diverso, el que hace ciudad. Hoy en día esto pareciera sólo posible en la periferia informal de nuestras ciudades. Pero representa una oportunidad de retomar el Paisaje Urbano Histórico, democráticamente, de manera sostenible, a partir de la Ciudad de los Caminos

Cortos -compacta, transitable, conectada y versátil-, incluso cuando la ciudad es metrópolis. La ciudad de la urbanidad -el goce, el trabajo y el descanso a corta distancia-, emprendedora libre y responsable, fabrica su propia autonomía.

Por eso y mas que nunca, es imperativo disponer de un marco normativo y jurídico que facilite la capacidad de emprender, edificar, resolver y crear del habitante, como persona corporal. Un marco hoy en día secuestrado so pretexto de reducir el riesgo o de proteger al ciudadano. Porque a fuerza de normas se coarta al ciudadano de toda iniciativa. Con requerimiento de títulos, diplomas, o licencias, papelería burocrática para autorizaciones, "permisos" y financiamientos, ajustados a normas caducas o innecesarias y, cada vez mas, exigiendo o imponiendo costosos seguros, se cercena su iniciativa y creatividad alejándolo cada vez mas de la ciudad.

Es así como se le entrega a monopolios empresariales con estas patentes de corso, no sólo la exclusividad del riesgo, en aras de mayores garantías, sino la exclusividad del hacer y emprender. La facultad de edificar de nuestra especie, la del simple ciudadano, hacedor por excelencia de ciudad y urbanidad; su actuar e interactuar con su propio entorno físico y social, son las bases de una economía del trabajo que, en su sentido mas noble, le pertenece por natura y derecho a cada quien. Para que esa facultad de trabajo se posibilite, ante una economía deshumanizada y global del desempleo, hay que deconstruir el marco legal y administrativo pernicioso que sistemáticamente "*hamsteriza*" al ciudadano. Desmontar el marco legal, pieza por pieza, sin colapso ni derrumbe, para reconstruirlo paulatinamente, sustituyéndolo por un marco que habilite al ser humano, al habitante, a su escala y en uso de todas sus facultades, como el histórico y legítimo constructor de ciudadanía y ciudad que es.

4.

LUANG PRABANG - la ciudad sin el poder La Ciudad de los Caminos Cortos.

Había una vez un príncipe... Fa Ngum, que al verse desterrado del imperio Khmer se instaló al norte de Laos, en tierras sin dueño, territorio de montañas y selva, altiplano "rugoso" e inexpugnable, en lo que se conoce como ZOMIA. Allí pudo fundar a salvo el reino de Lan Xang Hom Khao, del "Millón de Elefantes y la Sombrilla Blanca".

El millón de elefantes, animal difícil de someter, simboliza los pueblos indoblegables ocultos en aquellos inaccesibles terruños de libertad donde se funda Luang Prabang, simbolizada en la sombrilla blanca que los cobija. Plaza pequeña y vacía en medio de dos grandes ríos, el Mekong y el Nam Khan. Allí, el príncipe que no quería ser gobernado, reinó gracias a sus buenas relaciones con multitud de jefes locales. No podía el príncipe gobernar de otra manera en esa accidentada geografía, refugio de pueblos diversos. Carecía de los arrozales propios de tierras planas con que acumular riqueza y alimentar un ejército para unificar los pueblos convirtiéndolos en uno solo. De suerte que fue

su espíritu libre y tolerante lo que le valió el respeto de sus vecinos de ZOMIA. Lo adoptaron como digno representante de su diferencia, independencia y libertad.

Su Palacio era el sitio de todos y de nadie. "La sombrilla blanca" abrigaba la confluencia de los ríos y su gente que intercambiaba productos y opiniones, compartía sus maneras o simplemente se mezclaba, como las aguas. Luang Prabang se hizo el lugar donde se aglomeraban los pueblos diversos en barrios llamados Bans: la ciudad de todos, ciudad sin el poder, Ciudad de los Caminos Cortos. Mal podía la frágil sombrilla erigirse como símbolo de conquista, explotación o dominación, ni siquiera de desarrollo.

Tiempo después, engolosinado con el poder, el príncipe decidió trasladarse a una región más dócil y productiva, la llanura de Vientiane, hoy capital del país. Los Lao Lum dueños de los arrozales, le dieron el poder de reunir un ejército que pronto aunque brevemente, dominó los pueblos expuestos en la llanura, aguas abajo en la ribera izquierda del Mekong, al pie del altiplano inexpugnable de ZOMIA. Al millón de elefantes ya no los coronaba aquella simple sombrilla blanca, dulce símbolo de amparo y confort. Un déspota ambicioso y armado, posado sobre los elefantes y bajo la sombrilla, simbolizaba ahora su creciente poder. Imagen ya no de la ciudad de nadie y de todos, al servicio sostenible de un paisaje de múltiples terruños, sino de una capital pretenciosa, aunque obediente y sumisa, edificada como instrumento de explotación insostenible de los recursos de un país que ya no era paisaje sino un ambicioso siempre más y más allá. Sin embargo, Luang Prabang siguió siendo de nadie y de todos. En su emblema, la silla sobre los elefantes permaneció vacía bajo la sombrilla blanca, erecta en el perfecto equilibrio que le daba la voluntad de sus pueblos/elefantes de compartir un reino con la naturaleza.

Más tarde sobrevino el "protectorado" francés que en el siglo XIX le otorgó corte y protocolo a un rey, invento de L'École des Beaux Arts de Paris, con Palacio, historia, trajes y símbolos, escuela y casa para el maestro, prisión para los malos y hospital para los enfermos. Mucho esfuerzo y dinero, urbanismo y edificaciones para una colonia francesa que ingenuamente creía gobernar con sólo una docena de funcionarios. Nunca hicieron falta más porque en realidad, Luang Prabang y su paisaje se seguían gobernando solos. En orden y sin poder, gentes diversas seguían habitando la ciudad. Embajadoras respetuosas y libres, de un amplio territorio de donde provenían sus distintas economías y patrimonio, lenguas y culturas, historias y saberes, creencias y diferencias.

Según James C. Scott³, renombrado profesor en ciencias políticas de la universidad de Yale, esos pueblos prófugos, "cimarrones", aprendieron a convivir en paz y tolerancia, desarrollando el arte de no ser gobernados. Pueblos, erróneamente designados como "primitivos" o "salvajes", que históricamente escogieron vivir al margen del estado, y así lograron la proeza cultural de establecer un orden al margen del poder por permanecer libres y en paz

³ The Art of Not Being Governed: An Anarchist History of Upland Southeast Asia. Yale University Press, 2009 ISBN 0-300-15228-0

evitando la esclavitud, la recluta, el trabajo forzado, la epidemia, la guerra o el adoctrinamiento.

Lo había entendido casi medio siglo antes, el antropólogo francés Pierre Clastres : *“Lo que nos muestran los salvajes, es el esfuerzo permanente por impedir a los jefes, ser jefes. Es el rechazo de la unificación. Es el trabajo de conjuración del todos somos uno, del Estado. La historia de los pueblos que tienen una historia es, como se dice, la historia de la lucha de clases. La historia de los pueblos sin historia es, como se dirá con la misma verdad, la historia de su lucha contra el Estado.”*⁴ Llama Clastres, “pueblos sin historia”, a estos pueblos rebeldes y prófugos, en contraposición a los “pueblos con historia”, que son los pueblos del poder “civilizador” y coercitivo.

En cualquiera de las numerosas micro-comarcas de la región de ZOMIA cohabitan diversas etnias, en armonía aunque sin mezclarse, desde tiempos remotos hasta ahora. Sus gentes visten, hablan y rezan de forma diferente, viven en casas de arquitectura diversa aunque siempre livianas, fáciles de armar y desarmar, móviles. Es así como desaparecen de un día para otro, y pueden escapar fácilmente o eventualmente agregarse a la ciudad.

Esta suerte de aldeas, también llamadas **Ban**, pasa raramente de 200 hogares, en cuyo caso se subdivide para formar otra aldea. Preservando siempre la tierra que lo sustenta. El Ban constituye la unidad base del sistema de ocupación del territorio, estrechamente ligado a una economía rural. Cada Ban tiene una junta de jefes elegida por sufragio universal. Ejercen una democracia directa en asambleas abiertas, donde discuten problemas comunes.

En Laos no existe palabra para decir “ciudad”. Lo que mas se le acerca es **Meuang** que significa dominio o poder, y por extensión, gobierno o Estado. El Meuang es entonces la pretensión de gobernar una casual concentración de Bans/barrios que en realidad conservan individualmente, en el campo como en la ciudad, la estructura urbana y política que les confiere autonomía en su relación con el territorio. Cada barrio-Ban es ciudad y campo en la ciudad. Un “orden fuera del poder” que tanto han cultivado los habitantes de ZOMIA. Por eso la Ciudad/Meuang no pierde su escala humana.

Ciudad de los Caminos Cortos : Todo en todas partes está cerca: el goce, el trabajo y el descanso, generalmente a distancia de la sola fuerza muscular. Los flujos se apaciguan entonces. Y, sin su violencia, la calle recupera su industriosisidad y convivialidad. La ciudad es toda centro, en una compacta y homogénea heterogeneidad. Vive de su campiña, bosques y ríos y por lo tanto los respeta . Por eso Luang Prabang no tiene periferia urbana. Cada Ban en la ciudad es el *alter ego* de un pueblo, un elefante de los que se cobijan bajo la sombrilla blanca de su emblema. Un mundo urbano que es espejo de un mundo rural: el adentro en sinergia con el afuera claramente delimitados. Un Paisaje Urbano Histórico que los contiene a ambos, conformando en su geografía un "país", en el sentido mas antiguo de la palabra: como ecosistema de vida, economía local, sostenible a escala humana.

⁴ La sociedad contra el Estado (1974). Última edición en castellano Virus editorial (2010) ISBN 978-84-92559-17-6

Luego de 15 años de trabajo en la salvaguarda y puesta en valor de Luang Prabang, desarrollando desarrollando, métodos de intervención urbana e instrumentos de ordenamiento "a la medida" tales como el PSMV-Plan de Salvaguarda y Puesta en Valor, el PLU-Plan Local Urbano y el SCoT-Esquema de Coherencia Territorial, el éxito obtenido -por el que probablemente estoy aquí ante ustedes-, no me satisface del todo. Me queda la sospecha de haber servido de planeador o de "infraestructurador" al servicio de un poder cada vez más hegemónico que lo que quería es "ordenar" su paisaje. Sin embargo, la experiencia me reveló que nos encontramos frente a nuevos e inéditos retos ambientales, económicos y políticos. Las amenazas que enfrenta nuestro ecosistema en el mundo finito, son retos existenciales que replantean de manera fundamental lo que une a los humanos entre ellos y con la naturaleza. Es por eso que su salvaguarda pasa por reinscribir la ciudad en su Paisaje Urbano Histórico como razón y fuente de vida responsable y en consecuencia sostenible. Pasa por rescatar, no la ciudad histórica, sino la ciudad en su historia: La Ciudad de los Caminos Cortos, factura y goce del hombre a su escala, sueño posible gracias al "*Here comes everybody*" de la nueva era cibernética de la información democratizada. Pasa por recoger la ciudad y recontenerla, esta vez sin murallas ni periferia, con límites abiertos pero francos, que nos permitan contemplar la lenta y gozosa recomposición del paisaje. Un paisaje que siempre será Urbano.